



EVA MARIE UZCATEGUI/GETTY IMAGES

Consecuencias de la conspiración

Teorías que desmovilizan políticamente

Hugo Pérez Hernáiz*

Es muy rara esa reacción de nuestra conciencia; esa necesidad que experimentamos de contradecir lo que nos parece excesivamente verdadero.

ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ. *La Galera de Tiberio*

Las teorías de la conspiración están lejos de ser un fenómeno nuevo. Han sido un ruido inmutable de fondo durante al menos los últimos cien años, asegura el profesor Joe Uscinski, autor de "American Conspiracy Theories". En Venezuela, hoy por hoy, irrumpen como una constante

El liderazgo de la oposición está financiado por el Gobierno y por eso no ha pedido inequívocamente una invasión militar extranjera, su objetivo es cohabitar y compartir poder, no transitar a otro régimen. La inflación nada tiene que ver con políticas desacertadas, sino que es conspirativamente "inducida" por agentes de una guerra económica desatada por el Imperio. La reciente ola de protestas en varios países latinoamericanos en nada responde al descontento popular en cada uno de esos países, sino a una bien organizada conspiración de agentes del Gobierno venezolano en toda la región. Las ONG de derechos humanos no son en realidad defensoras de derechos humanos, son agencias financiadas por potencias extranjeras para conspirar contra el Gobierno. Aquel que pida diálogo, negociación, o (¡Dios nos libre!) elecciones, no es un actor político sincero, es un agente pagado



EFE



ALFREDO REYNA

por el Gobierno para ganar tiempo e impedir la soñada guerra final purificadora, la cual acabará, no solo con el Gobierno, sino con toda la clase política venezolana (así lo ha dicho un *influencer* venezolano célebre por sus teorías de la conspiración: quedarán en pie tan solo los amantes de la libertad, es decir, los liberales).

Contrariamente a la noción popular, una teoría no es “de la conspiración” porque sea mentira, sino porque la teoría afirma que hay una conspiración detrás de un determinado evento. Es decir, que alguien se está poniendo de acuerdo en secreto con otro para lograr ciertos objetivos. Nada más común en la política y también en la vida cotidiana. El problema en política, como en la vida cotidiana, es de grados: una cosa es sospechar que mis amigos se ponen de acuerdo en secreto para sorprenderme en mi cumpleaños, y otra es imaginar que el mundo, todo evento, toda acción del otro, es el producto de una enorme conspiración. A lo segundo se le suele llamar en la literatura “gran teoría de la conspiración”. De “desmontar” tales teorías de la conspiración, de señalar todos los errores argumentativos de tal manera de ver el mundo, se ocupan los filósofos. A los sociólogos, más humildes, nos preocupa más qué consecuencias sociales y políticas tienen esas grandes teorías de la conspiración.

Dada la importancia que grupos extremistas dan a las grandes teorías de la conspiración como parte central de su manera de entender el mundo, podría pensarse que estos discursos tienen una gran capacidad de movilización política: invitan a la alerta crítica y a desechar la ingenuidad frente a las explicaciones “oficiales”, señalan con claridad al agente enemigo y explican de manera sencilla fenómenos que lucen incomprensibles. Todas esas cosas son ciertas, pero los estudiosos del uso de teorías de la conspiración en la política del siglo xx (Hannah Arendt, Richard Hofstadter, por ejemplo) ya señalaban que lo contrario parecía ser la norma: las teorías de la conspiración tienen

por resultado (y son usadas para) desmovilizar políticamente.

En los casos en los que las teorías de la conspiración se convierten en la retórica oficial de gobiernos (como los estudiados por Arendt), tal resultado es evidente. El discurso oficial señala como causante de todos los males a un agente conspirador de tal enormidad y poder conspirativo (el Imperio, por ejemplo), que hace impensable cualquier otra opción distinta a la de un líder fuerte y todo poderoso para enfrentarlo. Solo el líder y su movimiento pueden salvar al pueblo de tan peligroso enemigo. Toda actividad política interna queda reducida al apoyo a ese líder, cualquier forma de oposición, pacífica o no, es sancionada como parte (usualmente pagada) de la conspiración.

De modo que el líder no tiene adversarios políticos, sino enemigos extranjeros y sus lacayos internos. De allí que hay una fuerte afinidad electiva entre este tipo de retórica política y movimientos proféticos y utopistas, convencidos de que el *Bien final* justifica los medios (parte importante de lo que Max Weber refería como una ética de convicciones): todo mal se debe, no a fallas en la rígida fórmula para alcanzar ese *Bien final*, o a lo humanamente inalcanzable de ese utópico *Bien final*, sino al sabotaje de agentes conspiradores pagados por el poderoso enemigo extranjero.

De nuevo, estas son *consecuencias*, ya estudiadas por Arendt, de la oficialización estatal de discursos conspirativos y son *independientes* de que en verdad se den conspiraciones o no. De hecho, es evidente que si un gobierno entiende el mundo como una inmensa conspiración en su contra, y actúa en consecuencia, no tendrá otra opción que monopolizar el poder y eliminar en lo posible (no hay, ni ha habido, sociedad *totalmente* totalitaria) toda forma de participación que no sea en apoyo al proyecto político del gobierno.

Muy pronto a los ciudadanos solo les quedará optar por el silencio o por la conspiración, pron-

tamente señalada por el gobierno como prueba de que su teoría de la conspiración siempre fue cierta y de que su actuar represivo está más que justificado. ¿Qué viene primero un gobierno paranoico o una oposición conspiradora? Ambas cosas quizás ocurran a un tiempo, pero los casos históricos del siglo XX muestran que cuando movimientos políticos con proyectos milenaristas se hicieron con el poder, ya traían bien montadas en su repertorio retórico historias sobre enemigos poderosos que impedían a los pueblos alcanzar su destino profético.

El Gobierno venezolano está muy lejos de los “logros” de los dos –tristemente– más famosos casos de totalitarismos del siglo XX, aunque a veces pareciese más por afortunada incompetencia que por falta de imaginación teórico conspirativa. Pero en el uso de tales teorías se ha mostrado tan dispuesto como en esos casos históricos: la gran conspiración imperial, creativamente desarrollada en “ejes” que incluyen a otros gobiernos de la región y a difusas oligarquías internacionales, es usada no para perjudicar a los vagos y poderosos titiriteros del gran teatro conspirativo, sino más bien para atacar a sus bien específicas marionetas locales: el liderazgo opositor, los grupos defensores de derechos humanos, traidores a la revolución...

Pero como es evidente en el primer párrafo de este texto, las teorías de la conspiración no son monopolio del Gobierno. Sectores de la oposición venezolana también han desarrollado algunas interesantes teorías conspirativas, a veces sobre el Gobierno, otras sobre la oposición misma. Coherente con lo que hemos dicho en los párrafos anteriores, no parece ser casual que sea la parte más extrema de la oposición la que más se apoye en una visión teórica conspirativa del mundo. Así por ejemplo, parece haber cierta relación entre quienes asumen la imposibilidad de dialogar, negociar o incluso de ir a elecciones sin haber salido antes del Gobierno actual y quienes ven a los otros como vendidos a este. También, al igual que el chavismo, son sectores que se proclaman “puros”, sin contacto contaminante alguno con el enemigo y que suscriben nociones esencialistas de la política, rígidas dicotomías entre el bien y el mal e ideas absolutas sobre abstracciones como “el socialismo” o “la libertad”.

Así, por ejemplo, frente a la imposibilidad de siquiera dialogar con un “narco-régimen” la única opción es la apelación a un líder fuerte, esta vez foráneo, que desaloje por la fuerza al Gobierno. Ante la fuerza extraordinaria, una solución de fuerza extraordinaria. Tal intervención extranjera no ha ocurrido, no porque el Imperio no parezca muy dispuesto a invadir Venezuela, ¡sino porque una parte de la oposición, obviamente pagada por el Gobierno, le ha convencido de que no lo haga! Resaltan las referencias tan parecidas

de este discurso con el modo teórico conspirativo chavista de ver el mundo: la política local prácticamente no existe, en cambio “el ajedrez” lo juega el todo poderoso Imperio, lo único que cambia es si se piensa que ese Imperio es “bueno” o “malo”, en términos, por supuesto, absolutos. Ni que decir que en un curioso diálogo teórico conspirativo, los discursos se refuerzan mutuamente. Con facilidad el chavismo señala al sector de la oposición que apela a la fuerza extrema foránea como prueba de que sus propias teorías de la conspiración siempre han sido ciertas: no hay adversarios políticos, no hay oposición, hay agentes del Imperio empeñado en acabar con la revolución.

Nunca estas teorías de la oposición tienen consecuencias tan amplias como las que expone el Gobierno, si acaso son discursos que perjudican a la oposición misma, porque la consecuencia más aparente de su uso es también la desmovilización política, esta vez de algunos sectores de la oposición. De hecho, forman parte de la lucha intestina opositora que un importante escritor venezolano ha caracterizado recientemente como “El sabotaje suicida de la oposición venezolana”. No solo minan la confianza en el liderazgo opositor, sino que niegan cualquier estrategia política, como no sea la de ponerse en manos de una poco probable intervención internacional.

Hacen más: invitan abiertamente al posible electorado opositor a desmovilizarse voluntariamente, es decir, abstenerse de participar en evento electoral alguno antes de que ocurra un cambio político total de la mano de un bondadoso libertador extranjero, llamado a purificar completamente a la política venezolana en una operación, necesariamente violenta, que finalmente limpiará al país de la “narco tiranía” y de su cohabitante oposición corrupta.

Tampoco es casual que este discurso justifique, como el del chavismo, el uso de ciertos medios no democráticos y violentos para alcanzar un bien final democrático. La ética de convicciones que admite el mal como camino al bien, tiene una fuerte afinidad con las grandes teorías de la conspiración y es una de las características más resaltantes de proyectos políticos extremistas.

NOTA DEL AUTOR:

Como parte de un proyecto de investigación a largo plazo, desde 2008 el autor estudia el uso político de las teorías de la conspiración en Venezuela. Parte de la documentación que se ha hecho para ese proyecto puede consultarse en el blog *Venezuela Conspiracy Theories Monitor*.

*Sociólogo y traductor. Ha sido profesor universitario en Faces-UCV y UCAB.